

SIN TRAMPAS EN LA FE
Tratado del culto de Sor Juana

Roberto Reyes

editorial
fontamara

ÍNDICE

El hechizo de Sor Juana	7
Agradecimientos	13
Proemio	15
Nepantla 1648	19
A temprana edad	21
Sus conocimientos e ingrata soledad	23
Esto apareció en octubre de 2001	25
Juana Inés viaja a la ciudad de México	27
La Imperial ciudad de México y el Palacio Virreinal	31
Octavio Paz en la vida de Sor Juana	33
Paz, “sobrevalorado”	37
Centro cultural	39
Los hijos naturales	41
Privilegios nobiliarios	45
La adolescente Juana	47
En las puertas del convento	51
Pfandl	55
George Sand	57
Pfandl II	59
Octavio Paz	63
La visita inesperada	67
Rumbo a España	69
Amargos momentos de Sor Juana	73
El arzobispo virrey	75
El incendio de la iglesia de San Agustín	77
En vísperas	79
El encuentro	81
Comparaciones	85

Marcelino Menéndez Pelayo	89
El libro del <i>Quijote</i>	91
Una visita inesperada	99
Los poemas de Sor Juana	101
La <i>Carta de Monterrey</i>	103
El nuevo arzobispo	107
De regreso a España	109
“Primero sueño”	111
“Primero sueño”, según Octavio	121
Una amistad fingida	125
Las Impugnaciones	131
Las epístolas	133
Un sermón en su defensa	137
La <i>Respuesta a sor Filotea</i>	139
Los años más aciagos de Sor Juana	147
La redención	151
Las protestas de fe	153
Cuatro meses antes de morir	157

EL HECHIZO DE SOR JUANA

*Para mi amigo, Roberto Reyes,
distinguido sorjuanista*

Juana de Asbaje siempre ha ejercido –y ejerce todavía– una fascinadora atracción para los escritores de lengua española.

Se trata de una naturaleza deslumbrante. Fenómeno que se repite de vez en vez en el terreno de la cultura. Es como si una voluntad suprema les transmitiera a ciertos seres su energía, creando en ellos una avidez por el conocimiento y, al mismo tiempo, una capacidad creadora.

Como muy bien dice Octavio Paz, Sor Juana no es un enigma sino una maraña de enigmas, si analizamos su personalidad y su obra.

Sus letras, tanto en la poesía como en la prosa, se ofrecen al lector unas ocasiones con llaneza y claridad; otras, ininteligibles; para juzgarla es menester situarse en la confluencia de dos siglos.

El siglo XVI representa la fulguración y el ocaso del Renacimiento, predominando la corriente italianizante; el XVII, la irrupción del Barroco, encabezado en la literatura por Góngora, Quevedo y Calderón de la Barca.

Esta situación imperante en España tenía su espejo en la corte virreinal de México, incluso con mayores limitaciones, puesto que la censura eclesiástica cuidaba de que no se colaran asuntos profanos.

Sor Juana saltó esas barreras y eso explica la persecución de que fue objeto, pero no quiero desviarme y sí explicar que en su trayectoria no estuvo sola sino acompañada de otros poetas verdaderamente notables; éstos a su vez desempolvados por don Gabriel Méndez Plancarte en 1943 con el volumen *Poetas Novohispanos*.

Para entender esta etapa, resulta obligado leer los villancicos, romances, loas, etc., de la producción hispana y compararla –Sor Juana incluida– para saber cómo existe una interinfluencia así como salida del inconsciente en la búsqueda de la identidad mexicana.

Volviendo a Sor Juana, diré que ella participa de las dos corrientes: la renacentista y la culterana, añadidos de su cosecha el latín, los nahuatlismos y el habla popular.

Mas, ¿qué paso en el siglo XVIII? Al verse sometida nuestra heroína y callar su voz, sus compañeros de viaje también callaron. Tal como si a la desaparición de la luna, huyeran las estrellas.

Dos siglos pasaron en que se olvidó la cultura del virreinato.

¿Quién podría pensar en la poesía o en el teatro, siendo el siglo XVIII la época de las conspiraciones?

Latía ya en el corazón de los mexicanos el fuego patrio, el cual estallaría con el grito de Dolores.

El siglo XIX es el siglo de la lucha entre conservadores y liberales, así como de las invasiones extranjeras y, por fin, el triunfo de la Reforma con Benito Juárez a la cabeza.

La Reforma da lugar a la erupción de un volcán: el romanticismo.

Después del romanticismo nació el modernismo que, extendiéndose hasta principios del siglo XIX, dio sus mejores frutos. Con él se descubrió una estrella: Juana de Asbaje. Este milagro ocurrió en 1910, cuando Amado Nervo publica su libro *Juana de Asbaje*. Historiadores, literatos, psicólogos acudieron para encontrar en la fuente original algo que explicara los enigmas de la monja Jerónima.

Yo, que no he sido sorjuanista, recuerdo con cariño las pláticas de mi maestro Emilio Abreu Gómez, primero en bajar al icono de su pedestal, para encontrar a la mujer de carne y hueso.

Se extendió en el ambiente intelectual la atracción por Sor Juana, valorándola en su justa dimensión el grupo de los contemporáneos, siendo su principal exegeta Octavio Paz. Este según, sus propias palabras, empezó a estudiarla desde 1930 a partir de una conferencia que presentó en distintos foros de México y el extranjero. A esta exposición siguieron otras que le proporcionaron nuevos hallazgos. Fruto de tantas y acuciosas investigaciones fue su libro *Las trampas de la fe*, publicado en 1983.

Dicho ensayo es ecuménico y exhaustivo. El autor no descuida el entorno histórico para explicar el desarrollo de Sor Juana; recurre en su trabajo al testimonio de innumerables sorjuanistas, así como al acervo mitológico del que dispuso la poetisa en la producción de su obra.

Y entre tantos asuntos, esboza una amplia teoría acerca del lesbianismo que pudo sufrir la joven, y que alcanza su clímax ante el conocimiento de la virreina María Luisa de Gonzaga y Manrique.

En todo este ir y venir de conjeturas, como muy bien lo expresa Roberto Reyes, el polígrafo Paz construye un laberinto, dentro del cual las contradicciones son frecuentes, tanto como verdaderas algunas de sus afirmaciones.

Al llegar a este punto se me ocurre pensar ¿Por qué, con tantos quehaceres, Octavio Paz se embarcó en esta aventura? Y ello me llevó a concluir que porque hay extrañas similitudes entre la autora de *Inundación castálida* y su exegeta.

No se puede negar que ambos fueron narcisistas. Ambos también observaron una conducta cortesana: Sor Juana en razón de edificar una fortaleza ante la cual se estrellaran los propósitos absolutistas de la Iglesia; Paz, quien no perteneció nunca a ningún partido político, organizó una especie gatopardismo siciliano con la protección de intelectuales que dominaron la situación en detrimento de pensadores libres.